

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

LA SITUACIÓN CELIA

Beto salió a la vereda, miró a un lado y otro, y no vio a nadie a su alrededor. La noche estaba despejada, calma, aunque ciertamente angustiante: la soledad traía otros tipos de persecutas.

Estaba drogado con una especie de hongo de las afueras de Tammerlane, camino a las montañas.

Avanzó.

Un paso, otro, otro. Hizo la primera cuadra y se sintió más seguro. Cualquier ladrón o policía de imprevisto eran de temer.

Caminó más. Caminó, y se detuvo para darse vuelta debido a aquel extraño sonido, esa especie de jadeo y pasos lentos.

Y fue ahí que descubrió a su abuela Celia, avanzando hacia él, tal como una zombie, ensangrentada y putrefacta.

Antes que cerrara los ojos y se atajase como un conejillo atrapado por el pánico, alcanzó a divisarle la bolsa de mercado que llevaba en la mano.

- Y ahí me desperté. - le comentó a la anciana, la mañana siguiente, después de aquella estúpida pesadilla.

Beto y su abuela estaban desayunando en la casa donde ambos vivían, cuando su abuela se puso de pie, molesta, y llevó su taza medio vacía a la pileta de la cocina.

- Pero, cómo vas a soñar algo así?! - se quejó la anciana, viuda, de sesenta y pico de años.

- Yo que sé. No es mi culpa... - y sonrió, preparándose para la broma. - Lo que no entiendo es lo de la bolsa de mercado.

La mujer giró sobre sí misma, y apuntó con su dedo índice:

- Como sigas así, vos vas a tener que ir a hacer las compras!!!

Segundos después, y como cada mañana de cada día de su vida, Celia pisó la vereda, y se encaminó por productos de supervivencia cotidiana.

Dio un paso adelante, y más allá que era lo mismo de siempre, aquel día se sintió rara. Parecía que en su alma se había apagado la llama de la emoción, esa loca sensación de salir a hacer lo que más le gustaba.

Finalmente, no hubo respuesta a ese estado, y siguió viaje.

A su pasar, alzó la mano y saludó a un lado y otro de la vereda. Por allí asomaba Esther, por la otra punta Blanca, y de la esquina Sésamo y su marido volvían del mercado.

Llegó al final de la cuadra, se paró en el cordón de la vereda. El sol le apuntó a la misma altura del rostro, como todos los días. Aguardó a que pasen los autos de todos los días, y cruzó.

En la siguiente cuadra se cruzó con Alina, e intercambiaron algunas palabras e información del barrio. Más adelante interceptó a la madre de un tal Samuel, y se enteró que éste ya había salido de la cárcel. Esquivó un sorete de perro, pisó otro, y llegó al almacén.

- Hay que joderse! Las veredas están llenas de mierda! No sé lo que les dan de comer a los perros, pero este viene con un olor!... - dijo limpiándose el viejo zapato derecho en el suelo del local.

Detrás del mostrador, Pepe, el almacenero, la miraba con calma: ya sabía que Celia era una completa bruta, y que comprendería si se le quejaba por el enchastre que le estaba produciendo.

- Tiene razón. – Le convenía respetarla, como al resto de las chusmas del barrio: el nuevo Super-Tamm le estaba robando cada vez más clientes.

Celia terminó de limpiarse, y alzó la mirada. Fue ahí, cuando entró por primera vez en el día en contacto visual con su almacenero preferido, y donde volvió a sentir esa sensación... esa extrañeza que le quitaba la magia a todo.

Si bien había chusmeado en el camino, todo el paseo había tenido una cuota de vacío. Y para cuando estuvo en el almacén, terminó por confirmar que algo de la aventura cotidiana se estaba transformando en angustia.

Casi de inmediato, asoció el sueño de su nieto donde ella era un monstruo, de compras.

- Pasa algo? - preguntó Pepe.

Celia volvió a la realidad, una realidad que dejó de ser sencilla. Todo parecía denso, molesto, raro. Ahí delante, estaba aquel viejo rojizo y pelado, vendiendo mercadería vencida al doble de precio; mientras, por detrás ingresaba Pilar con las novedades del joven vecino arrollado por un auto.

Y ese sabor amargo cubrió todo. Primero creció en el piso, trepó las paredes y personas, y alcanzó el techo. Ya nada volvería a ser igual.

- Soy la típica vieja chusma de barrio. - se dijo, y ahí encontró la razón.

Miró a su alrededor, se miró el vestido largo y floreado, sintió sus rulos, y aterrizó en la bolsa de mercado.

- Con qué llenamos esa hermosa bolsa, Celia? – preguntó Pepe, con la lapicera detrás de su oreja.

Ciento treinta años atrás, Johanio Bisnutto había fundado la primera fábrica de bolsas para el mercado. Cuando el hombre se paró al final de la cinta transportadora de la inmensa maquinaria y tomó el primer producto de la empresa, giró sobre sí mismo y rodeado de público, empleados, políticos, medios gráficos y cinematográficos, se la entregó a su esposa. Más tarde, aquella simple ama de casa, comenzó a usar la primera bolsa de mercado de Tammerlane, en las habituales salidas de compras. Treinta años después, a los 65 exactos años, la mujer murió, no sin antes entregar en su lecho de muerte la bolsa a su hija de 30 años. Fue así que la madre de Celia ocupó el rol que la abuela de Celia había tenido: pasear la bolsa durante las compras diarias, bajo la estricta tradición familiar del ama de casa. Treinta años después, a los 65 exactos años, la madre de Celia murió, no sin antes entregar en su lecho de muerte la bolsa a su hija Celia de 30 años. Fue así que Celia ocupó el rol de su madre y abuela: pasear la bolsa durante las compras diarias, bajo la estricta

tradición familiar del ama de casa.

Celia pestañeó.

- Quién soy? - se preguntó de inmediato, sabiendo que la respuesta no llegaría en el momento. Llevaría mucho trabajo descubrir la verdadera Celia debajo de esa costumbre familiar.

Giró. Saludó al aire. Salió.

Necesitaba espacio. Necesitaba respuestas.

Su nieto se había aparecido con lo del sueño, y ese sueño había activado cierto espejo en donde Celia dio un paso fuera de la cotidianidad, para preguntarse si realmente era válida su existencia.

Y al despertar se descubrió inconforme, siendo parte de una historia que quizás nunca había deseado, se supo un personaje, algo así como un estereotipo. Y se sintió cansada de esa vida.

- Limpiar, cocinar, lavar y planchar. Y como recreo, chusmear con las viejas el barrio. - se dijo.

Llegó al cordón de la vereda y le hizo señas a un taxi.

Subió y se marcharon.

- A la costanera del Lago. - le indicó, y se relajó en su asiento.

Muy bien: algo raro estaba realmente pasando. Y se hacía notorio. No todos los días Celia se iba de su almacén sin comprar y se tomaba un taxi.

Entonces?: La idea era despejarse, entender esa sensación, que ahora se determinaba como miedo. El pasado lejano demostraba que más allá del análisis, ya era un poco tarde para el replanteo. Pero no le venía mal un estudio profundo de sus rasgos, y más allá de avergonzarse, le sería bueno el reconocer qué poco interesante había sido su vida.

- A usted le gusta su vida? - le preguntó al chofer.

- Cómo dice? - dijo el taxista, ensordecido por la radio.

- Si a usted le gusta su vida? Le gusta ser taxista y estar todo el día dando vueltas?

- Por qué me pregunta eso?

- Porque es lo mismo que me estoy preguntando yo... - pensó - Usted como me ve?

- No entiendo a dónde quiere llegar, señora. - dijo el taxista, con cierto temor a que la anciana se le estuviera insinuando.

- Usted me ve como una "vieja de mierda"?

- Cómo la voy a ver así? Pero... pero... - y sin terminar de caer en la sorpresiva pregunta... - Usted está un poco tomada, no? Desayunó vino?

- Qué está diciendo, estúpido?! Cómo se atreve a hablar así?!

- Por las cosas que dice...

- Lo que quiero saber es si usted es feliz en esa rutina de porquería de servir a una causa tan tradicional como es la familia.

El taxi se detuvo en el semáforo. El hombre se dio vuelta y la miró con admiración. Celia aguardó la tan esperada respuesta.

- Es interesante lo que dice. Y eso mismo me lo pregunté más de una vez... Como verá: mi vida está puesta en ganar la mayor cantidad de plata. Y para eso, tengo que estar todo el día en el auto. Últimamente descubrí que lo único que parece tener sentido es mi taxi. Con mi familia casi ni hablamos.

- Y qué hizo al respecto?

- Pensé en tirar todo a la mierda y hacerme kiosquero. Pero supe que

me iba a pasar lo mismo.

- Pero... más allá de que no pudo cambiar, se encontró con una respuesta de cómo... volverse humano?

- No sé... puede ser que me haya resignado y que no me quedara otra que ponerle pasión a esto que hago.

El semáforo cambió de color, y el auto volvió a la marcha.

Rato después, Celia se encontraba parada frente al Lago de Tammerlane, separada por una barrera de cemento.

Se asomó y miró el agua allá abajo. La distancia era corta pero lo suficiente como para acabar con todo.

Se volvió a sí misma, y se supo mujer, se supo persona. Se miró a su alma y supo que había desperdiciado su vida al servicio de la comunidad, de esa comunidad alimentada por soldados trabajadores, a su vez alimentada por mujeres gordas y chusmas, con esas malditas bolsas de mercado.

Miró la bolsa y a su alrededor. Tan sólo esperaba que las próximas generaciones de mujeres se dediquen a aprender más de la vida, que dejen la tele y el chusmerío de barrio, que dejen de atarse a la rutina, y que cumplan su función de madres y esposas desde el lugar que quisieran ocupar: trabajando, estudiando, creando. Si todas comenzaban a ser alguien, quizás los hombres dejarían de ser machistas, de ser esclavos de trabajos mediocres, de convertirse en groseros y amargos por los años. Si la mujer se mantenía joven, la madurez quizás llegaría a Tammerlane, el estilo de vida cambiaría, y todo avanzaría mucho más rápido.

Se preparó. Apuntó.

Allí estaba Celia, lista para lanzar su vieja bolsa de mercado al Lago, perderla en él, y regresar a la vida como una mujer completamente despierta, lista para Ser.

Se detuvo.

- Pero, qué voy a hacer de mi vida, si no hay otra cosa que me guste más que chusmear, hacer las compras y servir? - se preguntó, y cayó en la cuenta que el conocerse no era motivo para cambiar.

Entonces se sintió aterrada: ahora iba a ser una maldita mediocre a conciencia, llevando adelante la maldita rutina tradicionalista.

Se miró. Miró la bolsa. Miró a su alrededor.

Un silencio.

- Después de todo... siendo un personaje soy feliz. - y respiró.

Había encontrado, pues, un atajo a sus vueltas y miedos, y de alguna forma había podido escaparles

Giró con cautela, sabiendo que no todo estaba resuelto, y avanzó un paso. Enseguida, una pregunta le hizo perder el equilibrio.

- Cómo pretendo saber qué es lo que me gusta, si lo único que conozco es ser ama de casa?

Se detuvo. Miró la bolsa. Miró al Lago a sus espaldas. Las cosquillas molestas estaban volviendo. Y otra vez se sintió "nadie", otra vez se reconoció parte de la tradición, otra vez se supo tarde.

- Está bien. Sé que hice las cosas mal, y que soy una "vieja de mierda". Sé que muchas veces molesto con mis chimentos. Sé que envidio, que odio, que soy falsa, que deseo el mal, que me deseo suerte por nada... Está bien... pero la culpa la tuvo mi familia... y... y...

Y de verdad, no supo como excusarse consigo misma. El simple hecho de hacerse "mujer" la llevó a la esclavitud de una casa y transformarse en un ser similar a un ave de rapiña, muchas veces odiada por muchos, incluso los de su clase.

- y... y... sé que fui una imbécil. Pero, si no me hubiese dedicado a mi marido, a mis hijos, a mis nietos, a mi heladera, ninguno de ellos hubiese sobrevivido. Hubiesen muerto de hambre. Si hubiese perdido el tiempo en mí, seguramente no hubiésemos llegado a tener hijos con Vanino...

Intentó avanzar, pero estaba en el principio: si las mujeres podían cambiar para bien, los hombres también lo harían.

- Mierda! Fui una mediocre! - se reprochó y se volvió al Lago.

Apuntó. Aguardó.

Finalmente, lanzó la bolsa a los aires. Ésta se mantuvo girando en el aire por un instante para luego caer en destino, las aguas de allá abajo.

Suspiró, y retomó la marcha a su casa, con la idea de ser lo más distinta posible a lo que había sido, y cambiar cueste lo que cueste.

Al llegar, abrió la puerta y recordó que no había hecho las compras, y no se molestó.

Cerca del mediodía tuvo hambre, y se preparó unos emparedados, los cuales devoró frente a la televisión apagada.

En la hora de la siesta, no hizo siesta, y trató de comprender las primeras páginas de un libro que siempre había estado dando vueltas por ahí.

Por la tarde sintió las lejanas voces de sus compinches, chusmeando como siempre, y se atrevió a espiarlas a través de la persiana baja.

Llegada la noche, su marido volvió del trabajo, y también parecía: se había convertido en una inmensa bestia peluda, la cual hizo valer su derecho de tener la comida servida.

Y si bien trató de explicarle, la bolsa del mercado apareció húmeda, tirada en un rincón del comedor.

Ni bien la tuvo por las manijas, salió a la calle desesperada, padeciendo lo difícil de una conciencia tardía. Y con la angustia rotando en su cabeza, caminó por la noche en búsqueda de un negocio abierto el cual contara con las proteínas suficientes para su hombre.

Avanzó deshecha con la cruz, pero cargándola en la palma de la mano, lastimándola a tal punto que cuando se cruzó con su nieto, el cual volvía de bailar, éste se la confundió con un zombie.

FIN